

EL AMULETO FÁLICO DE ORO DE BILBILIS (CALATAYUD-ZARAGOZA)

J. CARLOS SÁENZ PRECIADO
MARÍA D. LASUÉN ALEGRE

RESUMEN: En este artículo presentamos un pequeño amuleto fálico romano de oro aparecido en las excavaciones arqueológicas de Bilbilis (Calatayud-Zaragoza).

PALABRAS CLAVE: Bilbilis. Amuleto fálico romano.

ABSTRACT: In this paper we present a roman small phallic amulet in gold found of archaeological excavations in the roman city of Bilbilis (Calatayud-Zaragoza)

KEY WORDS: Bilbilis. Roman phallic amulet.

1. *Fascinum, oculus malignus* y sus amuletos

El estudio de las supersticiones en la antigüedad es, sin duda, fascinante y necesario para comprender la mentalidad de la época. El temor de los antiguos a todo lo relacionado con lo inexplicable, desde los fenómenos de la naturaleza, hasta las enfermedades, se evidenciaba en la necesidad de una simbología de función apotropaica, no solo en lo referente a las personas, sino también en lugares de paso tales como las esquinas, puertas y balcones de las casas, sin olvidar otros sitios como las termas, torres y murallas, etc. De esta forma se buscaba una protección contra todo tipo de influencias negativas que pudieran afectar al tranquilo desarrollo cotidiano de la vida.

Parte de estas ideas negativas se concentraban en el concepto de *Fascinum*¹, (encantamiento, fascinación), que designaba en origen a todo tipo de influencia perniciosa, de origen mágico o sobrenatural, que una persona provocaba en todo lo que le rodeaba, valiéndose para ello de ceremonias, magia, etc., desencadenantes de acciones funestas (Lafaye, 1895, 984-988).

El mayor exponente de estos encantamientos era el conocido *oculus malignus*, comúnmente llamado “mal de ojo” en su denominación actual, al que eran muy sensibles los niños y adolescentes según las creencias del momento, cuyo daño era producido por la mirada de algunos individuos de los que según Plutarco (*Sympos.* V.3) emanaban efluvios malignos.

* El presente artículo se inscribe dentro de los objetivos establecidos por el Grupo Consolidado de Investigación URBS, CONAI+D, Gobierno de Aragón. Queremos agradecer al prof. Manuel Martín-Bueno, director de las excavaciones de *Bilbilis* y del Museo de Calatayud, tanto el permiso como las facilidades dadas para su estudio.

¹ El término *Fascinum* equivalente al griego *baskania*, designa en un principio el encantamiento en sí, aunque con el paso del tiempo

se identificará prácticamente sólo con el “mal de ojo”, pasando después a designar a la tipología de amuletos diseñados para la protección contra dicho sortilegio (Galve, 1983, 111-133). Para San Agustín (*Confesiones*, I, 7) era el nombre del órgano masculino que se suspendía al cuello de los niños y que las mujeres portaban como adorno.

Por ello, los antiguos buscaban evitar el maleficio desviando la atención del encantador hacia un amuleto² de forma obscena o ridícula, que revestía de un carácter profiláctico y apotropaico. De esta forma la influencia negativa que se transmitía a través de la mirada quedaba neutralizada.

Las sociedades en la antigüedad intentaban contrarrestar los efectos negativos de los encantamientos o *fascinum*³ creando para ello diversas tipologías de amuletos fálicos, que mantenían, a pesar de su diversidad, un lenguaje simbólico común que favoreció su asimilación a lo largo del tiempo y de la geografía en la antigüedad, siendo conocidos estos adornos en todo el Imperio romano. Con la llegada de la Edad Media, el simbolismo fálico, aunque sobrevivió durante un tiempo, fue quedando relegado bajo la nueva concepción cristiana y el cambio de mentalidad iconográfica que conllevó⁴.

Como es ya bien conocido, lejos de los obscenos tópicos actuales fruto de la cultura moral judeocristiana que posteriormente imperó en Occidente, vigente hasta hoy en día, el culto y representación del falo tuvo en sus orígenes una incuestionable base religiosa, asumiendo en la antigüedad una doble función. Por un lado era considerado como símbolo de la naturaleza creadora, respetado con religioso temor, como una veneración hacia las fuerzas misteriosas de la creación, ya que la divinidad de la concepción

privaba de toda malicia a los genitales, por otra parte, era un poderoso instrumento contra el *fascinum* o “mal de ojo”, con la doble cualidad de elemento profiláctico y antropaico (Montero, 1991, 69).

Lejos de una intencionalidad erótica, al ser símbolo de las fuerzas sobre naturales, el órgano masculino era objeto de devoción, en tanto y cuando representaba la capacidad generadora de vida de la naturaleza. Es así como hay que entender que pasase a convertirse como talismán, de la misma manera que sucedería con la mayoría de los objetos e imágenes tenidas por obscenas. Su asociación a diversas deidades, de las que Príapo es el caso más expresivo, puede ser la explicación de su amplia popularidad en el mundo clásico.

El falo simboliza la fuerza generadora del universo, siendo la expresión de la fuerza vital y necesaria, que como tal, debe ser venerada, de ahí que el símbolo pasara a ser antropomorfizado en Príapo, dios menor que castigaba a los fascinadores a la vez que protegía a los hombres de los maleficios⁵. Tampoco debemos olvidar que la representación del falo, como amuleto contra el “mal de ojo”, se puede observar asociado a diversos cultos de origen oriental⁶, teniendo bajo la dominación romana su máximo exponente en la figura del ya mencionado Príapo, o en su defecto, en Pan, Sileno, Fauno, y ocasionalmente, Mercurio.

² Si bien la procedencia de ese vocablo parece ser oriental, la idea de “amuleto” la encontramos por primera vez como tal en Plinio, que lo circunscribe a la acción de colocarse un colgante. “... *inter. amuleta es editae quenque urinae inspuere...*” (N.H. XXVIII, 38); “...*tribuunt basilisco morborum remedia, veneficiorum amuleta...*” (H.N., XXIX, 66), “...*verperitio si ter circumlatus domui per fenestram infigatur amuletum ess...*” (H.N., XXIX, 83).

³ El trabajo más exhaustivo sobre la fascinación se debe a T. Tuchmann: “La fascination”, *Mélusine, Recueil de Mythologie, littérature populaire, traditions et usages*, París, 1878.

⁴ A pesar de ello esta faceta protectora del falo trasciende el ámbito antiguo para adentrarse en la Edad Media. Así, en el siglo IV, San Basilio se queja de la imposibilidad de erradicar del todo el culto al falo (Cabrol y Leclercq, 1924, 1186). En el siglo VIII en el tratado eclesiástico *Judicia sacerdotalia de criminibus* (Martene-Durand, 1724-1733, vol. VII, 35), se indica la penitencia a pan y agua durante tres cuaresmas que deberán cumplir aquellos que hagan encantamientos al *fascinum* o a otros sortilegios que estén fuera de las prácticas permitidas por el crédito u oración al Señor (Vázquez y Del Hoyo, 1990, 149-150). De la misma manera es sintomático el uso antropaico del miembro viril escul-

pido en capiteles y canecillos de algunas iglesias románicas (Galve 1983, 111-133).

⁵ Tradicionalmente se consideraba a Príapo hijo de Dionisio y Afrodita, representándose itifálico, aunque otras tradiciones lo hacen hijo de Zeus y Afrodita, debiéndose la deformidad descomunal de su miembro a la celosa y vengativa Hera tras tocar el vientre de Afrodita. Como símbolo de la fertilidad se han conservado diversas estatuas y pinturas murales en las que se le representa dotado de una falo descomunal, cuya colocación en la entrada de las casas, o vinculado a jardines, huertos, protegía tanto a los moradores de la vivienda como a los cultivos, alejando a visitas malintencionadas y a todo tipo de alimañas, siendo tal vez la más famosa de sus representaciones la que decoraba la casa de los Vetti en Pompeya. Esta vinculación con el campo y el mundo rural se desprende del hecho de que tras su nacimiento fue abandonado y criado por unos pastores, convirtiéndose por lo tanto en un dios campestre (Grimal, 1981, v. Príapo).

⁶ Tal es el caso de los misterios de Eleusis y los Dionisiacos, tan desarrollados y de tanta importancia en el mundo romano, lo que llevaría a una relación con el mundo de ultratumba; o la personificación de la virilidad de Osiris para el culto egipcio. (Zarzalejos, Aurrecoechea, Fernández Ochoa, 1988, pp. 301-318).

De esta forma, el falo representa un símbolo de fecundidad, asociado al poder “animal” de la sexualidad, de carácter independiente a la voluntad del hombre, aunque no por ello referido a una idea erótica. Los genitales, tanto masculinos como femeninos, tienen en este contexto un valor intrínseco de protección por un lado, y de prevención por otro, tomando de esta forma un carácter quasi sacro, lo que lleva incluso en Roma a que la imagen del falo sea custodiada por las Vestales (Plinio, *NH XXVIII*, 39), cuya función era la de alejar el *fascinum*, propiciar la germinación y favorecer el alumbrado de las mujeres estériles.

El valor que durante la antigüedad se le daba al falo era el de actuar como elemento de protección, ya que se pensaba que era el amuleto más eficaz y adecuado contra cualquier tipo de encantamiento o mal de ojo. El *fascinum*, término que en el contexto de la superstición era sinónimo de falo, era particularmente pernicioso sobre todo si consideramos que era una cualidad consustancial a determinadas personas, lo que implica que pudiera ejercerla sin necesidad de ningún sortilegio y lo que es más grave, sin tener intención de hacerlo, hasta el punto de que podía incluso actuar en su contra⁷.

El romano, supersticioso por naturaleza, lo temía más que a la muerte misma, de ahí que a donde no llegaba la medicina tradicional con sus remedios y sus explicaciones científicas para la enfermedad, o lo que es lo mismo, lógicas para el romano, se debía recurrir a otro tipo de procedimientos relacionados con la magia o brujería, rodeados de sortilegios, en búsqueda de protección mediante las fuerzas e influencias desconocidas y sobrenaturales.

Para no caer bajo la influencia del fascinador, se empleaban varios remedios que evitaban

o protegían al individuo del tan temido mal de ojo⁸. Así, la misma terrible Gorgona (Vázquez y Del Hoyo, 1990, 149-151), la mención de su solo nombre, y los amuletos con representaciones fállicas, objetos y gestos de significado obsceno o ridículo, como la higa a la que posteriormente nos referiremos, eran los principales remedios, destacando de entre todos ellos éste último, como se desprende de su popularidad, al que Plinio (*H.N.* XXVIII, 39) llama, refiriéndose al dios *Fascinus*, como *medicus inuidiae*, aludiendo a que los amuletos eran de uso común en la medicina, tanto para alejar los males físicos, como para prevenirlos (*H.N.*, XXX, 15.47 y XXXVII, 3.12), ya que el término *physica* englobaría ambos significados.

El fin de todos ellos era que el fascinador apartase la mirada del individuo, neutralizándose de esta manera sus efectos malignos, de ahí que el objeto pasase de un simple colgante/adorno a ser un elemento defensivo y precautorio, profiláctico y apotropaico.

Además de los amuletos, el romano recurría también a gestos obscenos o ridículos como protección. Así, entre otros muchos, como el *cornio*, escupir, o el insulto, destaca la higa, cuyo gesto ha perdurado hasta hoy en día, consistente en cerrar la mano derecha, aunque en los amuletos es la izquierda, con el dedo pulgar entre el índice y el corazón, apuntándolo contra el *fascinador*. De esta manera, se representaba simbólicamente la unión de los órganos sexuales de ambos sexos, refrendando con su presencia en el amuleto fállico su carácter protector.

La representación del falo en este contexto de encantamiento es mayoritaria, frente a la imagen de los genitales femeninos, representados, por ejemplo, por la higa. Ello es debido en gran parte a la facilidad de su estilismo y a la

⁷ Para Lafaye (1895, 987), la palabra griega *baskania* y la latina *fascinatio* o *fascinum*, tienen la misma raíz y designan la influencia perniciosa que una persona puede llegar a ejercer sobre todo lo que le rodea sin recurrir a ceremonias ni magia, incluso sin llegar a proponérselo, o incluso en contra de su voluntad, lo que distingue esta acción funesta de otras artes mágicas como la *devotio*, *imprecatio*, necromancia, etc.

⁸ Del Hoyo y Vázquez (1996, 446) recogen una serie de mosaicos, algunos ya publicados anteriormente por ellos mismos (1990, 126-140), en los que se recogen varios de estos procedimientos. Así, en un mosaico de Antioquia se pueden encontrar

varios de estos remedios. El emblema central del mosaico se halla ocupado por un gran ojo a cuyo alrededor aparecen una serie de objetos en posición de atacarle (un tridente, un puñal, un escorpión una serpiente, un perro, un falo, un ciempiés, un gato y un cuervo). En otro mosaico de Sousse (Túnez) el ojo es atacado por un pez y dos serpientes. En una medalla talismánica de Asia Menor un ojo es atacado por un ibis, una serpiente y un escorpión. En un bajorrelieve marmóreo de la colección del Duque de Bedford el ojo es atacado por un hombre en posición obscena, otro hombre que porta un tridente, un cuervo, un ibis, un escorpión, una serpiente y un león., etc.

simplicidad de su representación, que permiten una ductilidad figurativa que se observa no sólo en esculturas, sino también en elementos pintados o sugeridos en arquitectura⁹. Por ello, el falo es el elemento preferido a la hora de desarrollar amuletos contra el “mal de ojo”, que toman forma de anillos o colgantes, con diversas formas y asociaciones. No es extraño encontrar falos vinculados a ojos¹⁰, o bien falos transformados en animales con patas, garras, etc¹¹. Este tipo de representaciones tendría por objeto el aumentar el poder de protección del amuleto, llegando incluso a antropofizar el falo asociando el glande a una cabeza humana, idea extendida sobre todo por las provincias del norte del Imperio, de cultura celta. Pero sin duda el mayor potenciador de las facultades mágicas del falo lo encontramos en su asociación con la higa, como representación básica de los genitales femeninos.

2. El amuleto fálico hallado en *Bilbilis*

Los amuletos fálicos gozaron de gran estima en el mundo romano, de ahí que no sea extraño hallarlos convertidos en fibulas, cinturones u otros adornos, siendo los más comunes los anillos y los colgantes. Su profusión, así como la similitud entre todos ellos, indica lo extendido de su uso, y por lo tanto de la creencia en sus facultades. Varron (*De lingua latina* VII, 97) afirmaba que lo llevaban los niños para prevenirse de los maleficios, quienes también podían portar, evidentemente, según clases sociales, pequeños anillos de oro decorados con falos en relieve (Johns, 1982, 63, cap.3, fig.10).

Estos amuletos se colgaban del cuello de los niños para protegerlos hasta la toma de la toga viril a los diecisiete años, si bien algunas mujeres, y también algunos hombres, continuaban con ellos como simple adorno para el resto de

sus vidas, pasando como herencia de generación en generación.

El principal material empleado para su realización era el oro, dado su carácter filactérico, como vemos en el ejemplar procedente de *Bilbilis*. El uso de los materiales nobles evidencia la restricción sobre la adquisición de estos adornos a las clases pudientes sin que se excluyesen otros materiales como el bronce, que es el que se hizo más popular y extendido por ser más asequible a un mayor número de capas sociales¹².

La mayor parte de los amuletos fálicos que conocemos en la actualidad proceden de anticuarios, colecciones particulares, lo que hace que su origen, las más de las veces, nos sea desconocido al provenir de actuaciones ilegales, estando por lo tanto casi todos ellos descontextualizados.

Ya en su momento Del Hoyo y Vázquez plantearon en la introducción de su trabajo sobre la clasificación funcional y formal de los amuletos fálicos aparecidos en Hispania (1996, 441-466) que los estudios generales hasta entonces habían sido escasos. Hasta aquel momento se echaba de menos una clasificación formal o tipológica ya que tan sólo se contaba, exceptuando la publicación de piezas aisladas, con catálogos de bronce, muchos de ellos realizados a raíz de exposiciones¹³, así como unos pocos trabajos específicos, tal es el caso de los de Galve (1983, 111-133), Zarzalejos, Aurrecoechea y Fernández Ochoa (1988, 301-318), Barrera y Velázquez (1988, 211-214), por citar unos pocos, que partían generalmente del trabajo de Rolland sobre los amuletos fálicos de Haute Provence (1965, 176-181).

Con este trabajo no pretendemos realizar una catalogación o clasificación de estos amuletos, nada más lejos de nuestra intención. Simplemente pretendemos dar a conocer uno

⁹ En Roma el lenguaje gráfico figurativo es determinante, y por ello es común encontrar representaciones en bajorrelieve, grafitos o pintadas en las fachadas de las casas, siendo los ejemplos más abundantes y variados los que podemos hallar en Pompeya y Herculano.

¹⁰ Como se observa en distintas copas griegas (Johns, 1982, 67, fig.50).

¹¹ Esta imagen parece vincularse con los animales domésticos de mayor actividad sexual, como serían los perros, quedando excluidos de esta idea los gatos (Johns, 1982, 69-70).

¹² Si bien la mayor parte de estos amuletos fueron realizados en bronce, ello no fue óbice para que se empleasen otros materiales, tal es el caso, por ejemplo, del hallado en la necrópolis de Albalate de las Nogueras que era de vidrio (Fuentes Domínguez, A. 1989, 499, fig.12 y Lám.XVI, 2; Vázquez Hoys, 64 fig.54).

¹³ Tal es el caso de la exposición celebrada en Madrid en 1990 en el Palacio de Velázquez (Parque del Retiro), a raíz de la cual se editó el catálogo: *Los Bronces Romanos en España*, Madrid, 1990.

de los ejemplares aparecidos en el transcurso de las excavaciones realizadas en *Bilbilis*, y principalmente uno de ellos, ejecutado en oro, por lo excepcional de su caso¹⁴.

El amuleto aparecido en *Bilbilis* procede de una donación efectuada al Museo de Calatayud (Martín-Bueno y Sáenz Preciado, 2003, 29), por parte de un particular junto con otra serie de materiales, principalmente numismáticos y pequeños bronce.

Se trata de un amuleto en oro que conjuga en uno de sus extremos el falo y en el otro la higa, mientras en el centro se sitúan o cuelgan los testículos. A sus características profilácticas y antropaicas hay que unir el hecho de que haya sido ejecutado en oro, por cuyas propiedades físicas, estéticas y su valor intrínseco tenía un gran poder filactérico (Plinio, *N.H.* XXXIII, 4.25).

Siguiendo la clasificación establecida por Del Hoyo y Vázquez el amuleto bilbilitano se englobaría dentro del Grupo VI (Amuleto fálico exento), A (Colgante), 3.2. (Doble del tipo Higa/Falo), si bien presenta testículos, lo que parece una novedad en este grupo, de ahí que tal vez habría que establecer un tercer grupo en este apartado que se correspondería con la Serie 2 (falo visto de perfil) de la clasificación de Rolland (1975, 177-178).

El amuleto presenta una argolla de suspensión colocada longitudinalmente en la parte superior. El hecho de que la anilla presente un diámetro tan limitado, 2,8 mm., nos hace plantearnos el que más que un colgante formase parte de un pendiente, sin que por ello se perdiese su función protectora, debiendo vincularse tanto a la protección de los pútiles, como al adorno de un adulto. Evidentemente queda fuera de toda duda, por el material en el que se efectuó, que perteneció a un miembro de una familia de alto *status* social.

Hasta el momento, de entre la bibliografía consultada, tan sólo hemos encontrado en

Hispania dos paralelos en oro, uno en Iruña y otro en *Segobriga*, si bien en este último se emplea el coral para realizar el falo (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1989, Lám.35.A; Almagro-Gorbea y Abascal, 1999, 148, fig.103).

En cuanto al amuleto procedente de Iruña/Veleia (Gil, 1994, 58; Filloy, 1997, 785 y 795) sus dimensiones son similares (19,9 x 8,3 x 5,5 mm. en el ejemplar de Iruña, y 6,9 x 3,1 x 0,5 mm. en el de Bilbilis) su elaboración difiere entre ambos, ya que mientras en el primero es una varilla de sección circular a la que se han soldado por un lado dos pequeñas esferas que representan los testículos y por otro una anilla abierta de sección circular, el ejemplar bilbilitano es una lamina de oro fundida de 0,5 mm de grosor, para la que se elaboró un molde, de ahí que el falo, higa, testículos y anilla se fundiesen de una vez y no se añadiesen los elementos, como en el caso de los testículos y la anilla.

El hallazgo de esta pieza en la ciudad de *Bilbilis*, así como de otros amuletos fálicos en bronce que serán fruto de un segundo trabajo, nos indica como sus ciudadanos se encontraban ya desde época de Augusto plenamente inmersos en la nueva cultura imperante, con su religión, creencias y supersticiones. Las excavaciones realizadas desde el año 1971 han puesto al descubierto un sinfín de objetos relacionados no sólo con estas creencias, como sería este caso, sino con su vestimenta y ornamento personal (Martín-Bueno y Sáenz, 2003, 28-30). Así, las fíbulas, entalles camafeos, pendientes, anillos, *acus crinalis*, etc., encontrados, nos señalan el alto nivel de romanización alcanzada por unos bilbilitanos que seguían las modas del momento y disfrutaban del modo de vida impuesto por Roma, lo que no podía ser de otra manera en una ciudad que el mismo Marcial, si bien es cierto que llevado en parte por el desmesurado amor propugnado a su patria chica, comparaba con la Roma de Virgilio.

¹⁴ En un segundo trabajo presentaremos el resto de amuletos de este tipo aparecidos en el transcurso de las excavaciones efectuadas en *Bilbilis*

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. y ABASCAL, J. M. (1999): *Segóbriga y su conjunto arqueológico*, Real Academia de la Lengua, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A. (1989): *Segobriga III. La Muralla Norte y la Puerta Principal, Campañas 1986-1987*, Serie Arqueología Conquense 9, Cuenca.
- ÁLVAREZ, J.; BLÁZQUEZ, C. y WAGNER, C. G. (Eds.) (1994): *Sexo, muerte y religión en el mundo clásico*, Madrid.
- BARRERA, J. L. De la, y VELÁZQUEZ, A. (1988): “Amuletos romanos de Mérida”, *Homenaje a Samuel de los Santos*, Murcia, p. 211-214.
- CABROL, F. y LECLERCQ, H. (1924): *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgia*, París, s.v. «amulettes», p. 1186.
- FILLOY NIEVA, I. (1997): “Testimonio en torno al mundo de las creencias en época romana en el Territorio alavés”, *Isturitz 9* (Actas 1er. Coloquio Internacional sobre la romanización de Euskal Herria: la actualidad de la investigación arqueológica), Ed. Eusko Ikaskuntza, Donostia-San Sebastián, p. 765-795.
- GALVE IZQUIERDO, M.ª P. (1983): “El amuleto fállico con cabeza de toro de Varea (Rioja)”, *Caesaraugusta* n.º 57-58, Zaragoza, p. 111-133.
- GIL ZUBILLAGA, E. (1994): “Presentación de la 1ª Campaña de excavaciones en Iruña/Veleia”, *Revista de Arqueología* 160, Madrid, 58 ss.
- GRIMAL, P. (1981): *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, v. Priapo.
- DEL HOYO CALLEJA, J. y VAZQUEZ HOYS, A. M.ª (1996): “Clasificación funcional y formal de amuletos fállicos en Hispania”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II*, n.º 9, *Historia Antigua*, Madrid, p. 441-466.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1989): *La necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca) y el problema de las denominadas “Necrópolis del Duero”*, Cuenca.
- JOHNS, C. (1982): *Sex or symbol. Erotic images of Grece and Rome*, London.
- LAFAYE, G. (1895): “Fascinum, fascinus” en Daremberg – Saglio, *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, s.v.t.II,2, París, p. 984-988.
- MARTÍN-BUENO, M. y SÁENZ PRECIADO, J. C. (2003): *Guía breve del Museo de Calatayud*, Zaragoza.
- MARTENE, E. y DURAND, U. (Eds): *Veterum scriptorum et monumentorum historicorum, dogmaticorum, moralium, amplissima collectio*, 9 vol, París, p. 1724-1733.
- ROLLAND, H. (1965): *Bronzes antiques de Haute Provence*, XVIII suppl. á *Gallia*, París, p. 176-181.
- TUCHMANN, T. (1878): “La fascination”, *Mélu-sine, Recueil de Mythologie, littérature populaire, traditions et usages*, París.
- VÁZQUEZ HOYOS, A. M.ª y DEL HOYO CALLEJA, J. (1990): “La Gorgona y su triple poder mágico (Aproximación a la magia, la brujería, y la superstición II)”, *Espacio, Tiempo y Forma (sección Historia Antigua)*, 3, p. 117-181.
- VÁZQUEZ HOYOS, A. M.ª (1989): “Aproximación a la magia, la brujería y la superstición en la antigüedad”, *Espacio, Tiempo y Forma (Serie II)*, n.º 2, Madrid, p. 171-196.
- VÁZQUEZ HOYOS, A. M.ª (1999): *Diana en la religiosidad hispanorromana. II*, Ed. U.N.E.D., Madrid.
- ZARZALEJOS, M.; AURRECOECHEA, J. y FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1988): “Amuletos fállicos romanos inéditos de las provincias de Madrid y Toledo”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, n.º 15, Madrid, p. 301-318.
- VV.AA. (1990): *Los bronceos romanos en España*. Catálogo de la exposición. Mayo-Julio, Madrid.



Amuleto fálico de oro de Bilbilis.